

6

El arresto

Mateo 26.47-56; Marcos 14.43-52;
Lucas 22.47-53; Juan 18.2-12

«Mientras todavía hablaba, vino Judas, uno de los doce, y con él mucha gente con espadas y palos, de parte de los principales sacerdotes y de los ancianos del pueblo» (Mateo 26.47).

Judas sabía dónde iba a estar Jesús. Dijo a los dirigentes judíos que los llevaría a Él. ¡Conocía el lugar donde Jesús estaría orando, pero no conocía a Jesús!

Nosotros conocemos acerca de Jesús, pero ¿lo conocemos a Él? ¿Cómo es posible que Judas no conociera a Jesús? ¿Cómo es posible que nosotros no lo conozcamos? ¿Habrá un «Judas» al acecho dentro de nosotros? Debemos leer Mateo 26, Marcos 14, Lucas 22 y Juan 18 detenidamente.

La turba, con Judas al frente, llegó. Los hombres que forman parte de una turba, pierden su individualidad. El odio no da cabida al pensamiento. La turba armada estaba asustada, asustada hasta la muerte, de Jesús. No negaban ni dudaban que Jesús había levantado a Lázaro de entre los muertos. De hecho, habían contemplado la posibilidad de matar a este también (Juan 12.10). Judas era la solución de ellos; este les dio una oportunidad para

encontrar a Jesús cuando Él no estuviera rodeado de una multitud de seguidores (Mateo 26.14–16; Marcos 14.10–11; Lucas 22.3–5).

¡Qué maravilloso! Fueron cientos los que vinieron fuertemente armados para arrestar a un profeta desarmado. Jesús se puso al descubierto, diciendo: «Aquí estoy», ¡y los de la turba cayeron de espaldas al suelo! (Vea Juan 18.3–6).

Judas había llevado a este grupo hasta Jesús, y todavía le llamaba «Rabí» (Mateo 26.49). Jesús todavía le llamaba «amigo» (Mateo 26.50). ¿Era por sarcasmo? Es probable que no. ¿Contribuyó a que Judas sintiera remordimiento? Es probable que sí.

Pedro, asustado, recurrió a la fuerza. ¡Desenvainó su espada y cortó la oreja derecha de Malco! Pedro sabía cómo usar una espada. Sabía en quién podía usarla (en Malco, un esclavo, no un funcionario). Esto es lo que le estaba diciendo: «Pueden matarnos, pero algunos de ustedes también morirán». Jesús dijo a Pedro que envainara su espada y con calma restauró la oreja de Malco. (Vea Mateo 26.51–52; Marcos 14.47; Lucas 22.50–51; Juan 18.10–11.)

Debemos examinar la grave situación de Judas, para no cometer el mismo pecado de él (Mateo 27.3–10). Devolvió el dinero que había recibido por traicionar a Jesús (treinta piezas de plata); era inútil para él. El traidor tenía el remordimiento que proviene del orgullo, pero no el arrepentimiento que proviene de la humildad. Cometió suicidio.

Judas pudo ver su error, pero no pudo ver a su Salvador. Salió y se ahorcó. Ni siquiera hubo quien lo bajara (Hechos 1.15–19). Las consecuencias del pecado son terribles. El traidor «cayó [...] para irse a su propio lugar»

(Hechos 1.25) y jamás se le vuelve a mencionar en las Escrituras. ¡Jesús dijo que no debió haber nacido nunca (Mateo 26.24; Marcos 14.21)!

*La cruz...
¡no hay otro camino!*

Autor: Charles B. Hodge, Jr.
©Copyright 2008, 2008, por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados